

berlo, la Escritura nos lo insinúa, diciendo que la serpiente era el más astuto de todos los animales, es decir, el que mejor representaba al demonio en su malicia, en sus astucias, y luego en su castigo.»

Nuestro siglo rechaza con altanería todo lo que presenta un carácter maravilloso; pero hemos observado muchas veces la serpiente, y, si nos atrevemos á decirlo, hemos creído reconocer en ella ese instinto pernicioso y esa sutileza que le atribuye la Escritura. Todo es misterioso, oculto y sorprendente en este incomprendible reptil. Sus movimientos se diferencian de los de todos los demás animales, y no puede decirse donde reside su facultad locomotora, porque no tiene aletas, ni patas, ni alas y no obstante huye como una sombra, se desvanece mágicamente, vuelve á aparecer y ocultase de nuevo, á semejanza de los destellos de una espada en la oscuridad. Ora se plega circularmente, y vibra una lengua de fuego; ora, apoyándose en la extremidad de su cola, camina perpendicularmente como por encanto. Arroja arrollada sobre sí misma, sube y baja en espiral, hace ondular sus anillos cual las olas, serpea sobre las ramas de los árboles, y se desliza páfida por entre la yerba de las praderas, ó sobre la superficie de las aguas. Tan caprichosos é indecisos como su marcha son sus colores, pues cambian según los diversos accidentes de la luz, y presentan como sus movimientos, la mentida brillantez y las pérdidas faces de la seducción.

Mas asombrosa aun en sus demás costumbres, sabe arrojar sin ser vista, cual un asesino, su túnica manchada de sangre, temiendo ser reconocida. Por una extraña facultad, puede hacer entrar en su seno los monstruos que el amor ha hecho salir de él. Duerme meses enteros, frecuenta los sepulcros, habita en lugares desconocidos, compone venenos que hielan, abrasan ó manchan el cuerpo de su víctima con los colores de que aparece teñida. Allí levanta dos cabezas amenazadoras; aquí hace sonar un cascabel, silba como un águila de montaña, y brama como un toro. Así se asocia naturalmente á las ideas morales ó religiosas, como por resultado de la influencia que ejerció en nuestros destinos; objeto de horror ó de admiración, los hombres le profesan un odio implacable ó sucumben ante su genio; la mentira la invoca, la prudencia la reclama, la envidia la lleva en su corazón, y la elocuencia en su caduceo. Arma en los infiernos el látigo de las Furias, y en el cielo es el símbolo de la Eternidad. Posee además el arte de seducir la inocencia: sus miradas fascinan las aves en los aires; y bajo el hechecho del pesebre, la oveja le abandona su leche. Pero la serpiente se deja á su vez seducir por los sonidos suaves, y para domarla bástale al pastor su flauta.

En julio de 1791 viajaba por el Alto-Canadá, con algunas familias salvajes de la nación de los Onontagués. Habiéndonos detenido cierto día en una dilatada llanura á orillas del Genesio, entró en nuestro campo una serpiente de cascabel. Había entre nosotros un canadiense que sabía tocar la flauta, y deseando divertirnos, se adelantó contra la serpiente con su arma de nueva especie. Al acercársele su enemigo, el reptil se arrolló en espiral, acható su cabeza, hinchó sus carrillos, descubrió sus dientes venenosos y sus sangrientas fauces; vibró su doble lengua cual dos llamas; sus ojos parecían dos ascuas; su cuerpo hinchado por la rabia, se elevaba y deprimía á manera de un fuelle; su piel dilatada tornóse mate y escamosa, y su cola, que hacia oír un ruido siniestro, se agitaba con tan extraña celeridad que se asemejaba á un ligero vapor.

Entonces el canadiense empezó á tañer su flauta salvadora; la serpiente hizo un movimiento de sorpresa, y retiró hacia atrás la formidable cabeza. A medida que cedia al efecto mágico, sus ojos perdían su poder fascinador, la agitación de su cola disminuía y el rumor que en ella resonaba se fue debilitando paulatinamente hasta cesar del todo. Menos perpendicular-

res sobre su línea espiral, los anillos de la encantada serpiente se ensancharon, y unos tras otros se dejaron caer en el suelo en forma de círculos concéntricos. Los cambiantes de azul, verde, blanco y oro recobraron su brillo sobre su estremecida piel; y el reptil, volviendo ligeramente la cabeza, quedóse inmóvil en la actitud de la atención y del placer.

En aquel momento el canadiense anduvo algunos pasos, haciendo producir á su flauta sonidos dulces y monótonos; la serpiente bajó su abigarrado cuello, entreabrió con su cabeza la menuda yerba, y empezó á arrastrarse tras los pasos del músico que la subyugaba, deteniéndose cuando él se detenía, y volviendo á seguirle cuando él volvía á alejarse. Así se la sacó de nuestro campo, en medio de multitud de espectadores, salvajes y europeos, que con dificultad daban asenso á sus propios ojos; á tal prodigio de la música, la concurrencia gritó unánime que se concediese la vida á la maravillosa serpiente.

A esta especie de inducción, derivada de las costumbres de la serpiente en favor de las verdades de la Escritura, añadiremos otra tomada de una voz hebrea. ¿No es muy extraordinario y al mismo tiempo muy filosófico que el nombre genérico del hombre signifique en hebreo la *fiebre* ó el *dolor*? *Enosh, hombre*, se deriva por su raíz del verbo *anash, hallarse peligrosamente enfermo*. No denominó Dios así á nuestro primer padre, sino que le llamó simplemente *Adam, tierra roja ó limo*. La posteridad de Adam no tomó hasta después del pecado el nombre de *Enosh* ó *hombre*, que tan perfectamente se adaptaba á sus miserias, y con tanta elocuencia recordaba la transgresión y el castigo. Tal vez en un movimiento de amargura, Adam, testigo del doloroso parto de su esposa, y al recibir en sus brazos á su primogénito Cain, lo elevó al cielo exclamando: *¡Enosh! ¡Oh dolor!* Triste exclamación, destinada á designar en lo sucesivo la especie humana!

### CAPITULO III.

#### CONSTITUCION PRIMITIVA DEL HOMBRE.

##### Nueva prueba del pecado original.

Hemos aducido, al hablar del Bautismo y de la Redención, algunas pruebas morales del pecado original; pero no debemos tratar superficialmente tan importante materia, pues, como dice Pascal, «el nudo de nuestra condición toma sus múltiples rodeos en este abismo; de modo que el hombre es más inconcebible sin este misterio, de lo que tal misterio puede ser inconcebible al hombre.»

Paréceme que puede deducirse del orden del universo una nueva prueba de nuestra degeneración primitiva.

Si dirigimos una ojeada al mundo, veremos que por una ley general y al mismo tiempo particular, las partes integrantes, los movimientos interiores ó exteriores, y las cualidades de los seres se hallan en completa armonía. Así, los cuerpos celestes verifican sus revoluciones con admirable unidad, describiendo cada cual su órbita particular, sin contrariarse á sí mismo. Un solo globo nos da la luz y el calor; pero estos dos accidentes no están repartidos entre dos esferas, sino que el sol los confunde en su disco, bien así como Dios, cuya imagen es, una al principio que fecundiza el principio que alumbraba.

Obsérvese la misma ley en los animales: sus ideas, si así puede decirse, están siempre de acuerdo con sus sentimientos, su razón y sus pasiones. Por esta razón no hay en ellos ni aumento ni disminución de inteligencia; y es fácil seguir esta regla de las armonías en las plantas y los minerales.

¿Por qué inconcebible destino, solo el hombre se exceptúa de esta ley tan necesaria al orden, á la con-

servación, la paz y ventura de los seres? Cuanto más visibles son la armonía de las cualidades y de los movimientos en el resto de la naturaleza, tanto más notable es en el hombre su divergencia. Existe una perpetua lucha entre su entendimiento y su deseo, entre su mente y su corazón. Cuando llega al apogeo de la civilización, hállase en el último escalón de la moral; si es libre, es grosero y rudo; si suaviza sus costumbres, se forja pesadas cadenas. Si brilla en las ciencias, apaga su imaginación; si se hace poeta, amengua su entendimiento; su corazón se desarrolla á expensas de su cabeza, y esta á expensas de aquel. Estrecha el círculo de sus ideas á medida que ensancha el de sus afectos, y se empobrece en estos en la proporción en que se enriquece en aquellas. La fuerza le hace áspero y duro, y la debilidad le enerva. Una virtud le acarrea siempre un vicio; y este, cuando se retira, le roba siempre una virtud. Las naciones, consideradas en su conjunto, presentan las mismas vicisitudes, pues pierden y recobran alternativamente las luces. Pudiera decirse que el genio humano, agitando una antorcha, vuela incesantemente en derredor de este globo, en medio de la noche que nos cubre, y se muestra á las cuatro partes de la tierra como ese astro nocturno, que creciendo y menguando sin cesar, disminuye á cada paso respecto de un pueblo la claridad que aumenta respecto de otro.

Es por lo tanto razonable suponer que el hombre, en su constitución primitiva, se asemeja al resto de la creación, y que esta constitución se formaba de la perfecta conformidad del sentimiento con la mente, de la imaginación con el entendimiento. Acaso nos convenceremos de esta verdad si observamos que esta reunión es necesaria aun para saborear una sombra de esa felicidad, en hora triste perdida. Así, pues, por la mera ilación del raciocinio y por las probabilidades de la analogía no podemos negar el pecado original, puesto que el hombre tal cual hoy le vemos, no es probablemente el hombre primitivo. Contradice á la naturaleza entera; elemento perturbador en medio del orden; doble, cuando todo es sencillo, misterioso, versátil é inexplicable, se muestra ostensiblemente en el estado de una cosa dislocada por algún trascendental accidente; es un palacio desmoronado y reducido á escombros, en que se admiran partes soberbias y partes repugnantes; magníficos peristilos sin objeto conocido; grandiosos pórticos y bóvedas mezquinas, luces vivísimas y profunda lobreguez: en una palabra, la confusión y el desorden en todas partes, especialmente en el santuario.

Por consiguiente, si la constitución primitiva del hombre consistía en las conformidades, cuales las vemos establecidas en los demás seres, para destruir un estado cuya naturaleza es la armonía, basta alterar su contrapeso. La parte afectiva y la parte inteligente formaban en nosotros este precioso equilibrio, pues Adam era á la par el más profundo y el mejor de los hombres, es decir, el más poderoso en inteligencia y el más poderoso en amor.

Pero todo lo que ha sido creado sigue necesariamente una marcha progresiva. En lugar de esperar del transcurso de los siglos, nuevos conocimientos que hubiera recibido con nuevos sentimientos, Adam quiso conocer todo á la vez. Y nótese un hecho importante: el hombre podía destruir la armonía de su ser, de dos maneras: ó intentando amar demasiado, ó aspirando á saber demasiado. Pecó solo por este segundo extremo, porque en realidad nos aqueja mucho más el orgullo de las ciencias que el del amor; pero este orgullo hubiera sido más digno de lástima que de castigo, y si Adam se hubiese hecho culpable por haber querido sentir demasiado, más bien que por haber querido concebir demasiado, el hombre hubiera podido tal vez rescatarse á sí mismo, sin que el Hijo del Eterno se hubiese visto precisado á inmolarse. Empero no suce-

dió así: Adam se propuso abrazar el universo, no con el sentimiento sino con la idea, y al tocar el árbol de ciencia, admitió en su entendimiento un rayo demasiado vivo de luz. Al punto el equilibrio quedó roto, la confusión se apoderó del hombre, y en lugar de la claridad que se había prometido, espesas tinieblas cubrieron su vista, porque su pecado se extendió como un velo entre él y el universo. Su alma se perturbó y se sublevó: sus pasiones combatieron su juicio, y este se propuso aniquilar aquellas; y en tempestad tan desecha, el escollo de la muerte presenció estremecido de júbilo, el primer naufragio del hombre.

Tal fue el accidente que alteró radicalmente la armoniosa é inmortal constitución humana. Desde aquel triste momento los elementos de su ser han permanecido diseminados, y no han podido reunirse. La familiaridad, ó por mejor decir, el casi amor al sepulcro que la materia ha contraído, destruye todo proyecto de rehabilitación en este mundo, porque nuestros años no son bastante largos para que nuestros esfuerzos por recobrar nuestra primitiva perfección, puedan en tiempo alguno reparar los daños de nuestra caída.

Pero se preguntará: ¿Cómo hubiera podido el mundo contener todas las razas, si no hubieran quedado sujetas á la muerte? Esto es una objeción quimérica, porque es pedir cuenta á Dios de sus infinitos medios de acción. ¿Quién sabe si los hombres se hubieran multiplicado tanto como actualmente vemos? ¿Quién sabe si la mayor parte de las generaciones hubiera permanecido virgen, ó si esos millones de astros que giran sobre nuestras cabezas, nos hubieran sido reservados como moradas deliciosas, á donde hubiéramos sido trasladados por los ángeles? Y aun pudiera aventurarse más: es imposible calcular á qué altura hubiera podido llegar en las ciencias y las artes el hombre, perfecto é inmortal poblador de la tierra. Si desde luego se hizo dueño de tres elementos; si no obstante las mayores dificultades, disputa hoy á las aves el imperio de los aires, ¿qué no hubiese llevado á cabo en su carrera inmortal? La naturaleza del aire, que presenta en el estado actual un obstáculo invencible al cambio de planeta, era acaso diferente antes del Diluvio. Como quiera que sea, no es indigno del poder de Dios y de la grandeza del hombre, suponer que la raza de Adam estaba destinada á recorrer los espacios y á animar todos esos soles, que privados por el pecado de sus habitantes, no son otra cosa que unas brillantes soledades.

### LIBRO CUARTO.

#### Continuación de las verdades de la Escritura.—Objeciones contra el sistema de Moisés.

##### CAPITULO I.

###### Cronología.

DESDE que algunos sabios han dicho que el mundo encerraba en la historia del hombre ó en la de la naturaleza, señales de una antigüedad demasiado remota para tener el moderno origen que le asigna la Biblia, muchos se han puesto á citar á Sanchoiathon, Porfirio, los libros sanscritos, etc. Pero, ¿los que hacen valer estas autoridades, las han consultado siempre en su fuente?

Es un poco temerario querer persuadirnos que Orígenes, Eusebio, Bossuet, Pascal, Fenelon, Bacon, Newton, Leibnitz, Huet y tantos otros, eran unos ignorantes, ó unos imbéciles, ó unos perversos que hablaban contra su íntima convicción. Estos hombres ilustres dieron asenso á la verdad de la historia de Moisés, y no podemos dejar de convenir en que poseían

una erudición á cuyo lado la nuestra es harto insignificante.

Mas, empezando por la cronología, los sabios modernos han superado segun parece sin el menor tropiezo las dificultades insuperables en que se han estrellado Escaligero, Pettau, Usher y Grocio. Reirianse ciertamente de nuestra ignorancia si les preguntásemos cuándo han tenido principio las Olimpiadas; cómo se armonizan estas con el modo de contar por arcontes, por eforos, por ediles, por cónsules, por reinados, juegos Pitios, Nemeanos, y Seculares; cómo coinciden todos los calendarios de las naciones; de qué manera es preciso computar para poner en consonancia el antiguo año de Rómulo, de diez meses y 354 dias, con el de Numa, de 355 dias, y con el de Julio César, de 365; y por qué medio se evitarán inexactitudes, asimilando estos años al año comun ático de 354 dias, y al embolístico, de 384.

Sin embargo, no se limitan á esto las perplejidades relativas á los años. El antiguo año judío solo tenia 354 dias, y al fin de él se añadan otros doce, y algunas veces un mes de treinta dias despues del de Adar; lo que tenia por objeto la formacion del año solar. El moderno año judío cuenta doce meses, y toma siete años de trece meses en el espacio de diez y nueve años. El año siríaco varia igualmente, y se forma de 365 dias. El año turco ó árabe tiene 354 dias, y recibe once meses que se intercalan en el discurso de veinte y nueve años. El año egipcio se divide en doce meses de treinta dias, y añade cinco de estos al último; el año persa llamado *yezdegerdic*, es igual al año egipcio.

Además de estas mil maneras de medir el tiempo, no todos estos años tienen el mismo principio, ni las mismas horas, ni los mismos dias, ni las mismas divisiones. El año civil de los judíos (como todos los de los orientales), empieza en el novilunio de setiembre, y su año religioso en el de marzo. Los griegos cuentan el primer mes de su año desde el novilunio que sigue al solsticio de verano. El primer mes del año de los persas corresponde á nuestro mes de junio; y la China y la India empiezan en la primera luna de marzo. Vemos luego meses astronómicos y civiles que se subdividen en lunares y solares; en sinódicos y periódicos; vemos secciones de meses en calendas, idus, décadas y semanas; vemos dias de dos especies, artificiales y naturales, que empiezan, los primeros al salir el sol, como entre los antiguos babilonios, sirios y persas; y los segundos, al ponerse, como en la China y la Italia moderna, y como antiguamente entre los atenienses, los judíos y los bárbaros del Norte. Los árabes empiezan su día á las doce de él, y la Francia actual á media noche, como la Inglaterra, la Alemania, la España y el Portugal. Finalmente, ni aun las horas dejan de ser de difícil inteligencia en cronología, pues se distinguen en babilónicas, italianas y astronómicas; y si intentáramos insistir mas sobre el particular, no veríamos sesenta minutos en una hora europea, sino mil ochenta escrúpulos en la hora caldea y árabe.

Háse dicho que la cronología es la antorcha de la historia. ¡Ojalá fuese ella la única que nos hiciese ver los crímenes humanos! ¿Qué sería, si por colmo de perplejidad, penetrásemos en el inextricable laberinto de los periodos, las eras ó las épocas? El periodo victoriano, que recorre quinientos treinta y dos años, está formado de la multiplicacion de los ciclos del sol y de la luna; estos mismos ciclos, multiplicados por el de Indiccion, producen los siete mil novecientos ochenta años del periodo Juliano. El periodo de Constantino comprende un número de años igual al del periodo Juliano, pero no empieza en la misma época. Por lo que respecta á las eras, aquí se cuenta por el año de la Creacion; allí por olimpiadas, por la fundacion de Roma, por el nacimiento de Jesucristo, por la época de Eusebio, por la de los Seléucidas, por la

de Nabonasar, y por la de los mártires. Los turcos tienen su Egira, y los persas su *yezdegerdic*. Compútese además por las eras Juliana, Gregoriana, ibérica y acciana. No hablaremos de los mármoles de Arundel, ni de las medallas y monumentos de todo género que esparcen nuevas tinieblas en la cronología. ¿Hay un hombre de buena fe, que al recorrer estas páginas, no convenga en que tantas maneras dudosas de calcular el tiempo, bastan para convertir la historia en un caos espantoso? Los anales de los judíos, por confesion de los sabios, son los únicos cuya cronología es sencilla, regular y luminosa. ¿Por qué pues, consumir el espíritu á impulso de un celo ardiente de impiedad, en cuestiones de tiempo, no menos áridas que indescifrables, cuando tenemos el hilo mas seguro para no perdernos en la noche de la historia? Véase en esto una nueva evidencia en favor de las Escrituras.

## CAPITULO II.

### Logografía y hechos históricos.

A las objeciones cronológicas aducidas contra la Biblia, siguen las que algunos intentan deducir de los mismos hechos históricos. Al efecto exhuman la tradicion de los sacerdotes de Tebas, que concedia diez y ocho mil años al reino de Egipto, y citan la lista de las dinastías de estos reyes, que ha llegado hasta nosotros.

Plutarco, á quien nadie supondrá adicto al Cristianismo, se encarga de una parte de la respuesta á tales objeciones. Hé aquí cómo se expresa al hablar de los egipcios: «Aunque su año llegó á ser de cuatro meses, segun algunos autores, al principio no se componia sino de uno, y solo contenia el tiempo de una lunacion; así es que haciendo de un solo mes un año, el tiempo trascurrido desde su origen parece extremadamente largo, y aunque habitan nuevamente su país, pasan por el pueblo mas antiguo de todos.» Por otra parte, sabemos por Herodoto, Diodoro de Sicilia, Justino, Jablonsky y Estrabon, que los egipcios cifran su orgullo en oscurecer su origen rodeándolo de las tinieblas del tiempo, y en ocultar, por decirlo así, su cuna con el tupido velo de los siglos.

El número de sus reinados no puede presentar dificultad alguna, pues es sabido que las dinastías egipcias se componen de reyes contemporáneos; por otra parte, una misma palabra se lee de cinco ó seis maneras diferentes en las lenguas orientales, y nuestra ignorancia en ellas hace cinco ó seis diversos personajes de una misma persona; esto es lo que ha sucedido relativamente á las traducciones de un solo nombre. El *Athoth* de los egipcios se ve traducido en Eratóstenes por una palabra griega que significa el *letrado*, como *Athoth* lo expresa en egipcio; pero no se ha dejado de ver el nombre de dos reyes en la citada palabra, y lo mismo ha sucedido respecto de *Hermes* ó *Hermógenes*. Pero el *Athoth* de Maneton se multiplica y se hace *Thoth* en Platon, y el texto de Sanchoniathon prueba en efecto que es el nombre primitivo. La letra *A* es una de las que se añaden ó suprimen indistintamente en los idiomas orientales; por esta razon el historiador Josefo traduce por *Apachnas* el nombre del mismo hombre que Africano llama *Pachnas*. Hé aquí, pues, que *Thoth*, *Athoth*, *Hermes* ó *Hermógenes* ó *Mercurio*, se presentan como cinco hombres famosos que abranzan cerca de dos siglos, siendo así que estos cinco reyes no eran sino un solo egipcio que tal vez no vivió sesenta años.

Pero prescindiendo de esto, ¿qué necesidad hay de eternizarse en disputas logográficas, cuando basta la historia para convencerse del moderno origen del hombre? En vano se forman cálculos con siglos inventados, cuyo padre no es el tiempo; en vano se multiplica y supone la muerte para tomar de ella va-

gas sombras, porque todo esto no impide que el género humano sea de ayer. Los nombres de los inventores de las artes nos son tan familiares como los de un hermano ó un abuelo. *Hypsuranio* construyó las chozas de caña, albergue de la primitiva inocencia. *Usoo* cubrió su desnudez con pieles de fieras, y arrojó el mar en el tronco de un árbol. Tubalcain puso el hierro en la mano de los hombres; Noé ó Baco plantó la viña; Caín ó Triptolemo encorvó el arado; Agrotos ó Ceres recogió la primera cosecha. La historia, la medicina, la geometría, las bellas artes y las leyes, no son mas antiguas en el mundo, y las debemos á Herodoto, Hipócrates, Tales, Homero, Dédalo y Minos. En cuanto al origen de los reyes y de las ciudades, la historia nos ha sido conservada por Moisés, Platon, Justino y algunos otros, y sabemos cuándo y por qué se han establecido en los pueblos las diferentes formas de gobierno.

Y si se manifiesta alguna admiracion al encontrar tanta grandeza y magnificencia en las primeras ciudades de Asia, esta dificultad se desvanece sin el menor esfuerzo ante una observacion derivada del genio de los orientales. En todas las edades esos pueblos han construido ciudades inmensas, sin que de ello pueda inferirse nada en favor de su civilizacion, y por consiguiente de su antigüedad. El árabe que ha abandonado las abrasadas arenas donde se conceptuaba feliz al encerrar una ó dos toesas de sombra bajo una tienda de pieles de oveja; ese árabe ha construido casi á nuestra vista ciudades gigantescas y extensas metrópolis, donde, ciudadano de los desiertos, ha querido al parecer encerrar la soledad. Los chinos, tan poco adelantados en las artes, tienen tambien las mayores ciudades del globo, con jardines, murallas, palacios, lagos y canales artificiales, como los de la antigua Babilonia. Finalmente, nosotros mismos ¿no somos un ejemplo ostensible de la rapidez con que se civilizan los pueblos? No há mas de doce siglos que nuestros antepasados eran tan bárbaros como los hontentotes, y en la actualidad sobrepujamos á la Grecia en el refinamiento del gusto, del lujo y de las artes.

La lógica general de las lenguas no puede ofrecer ninguna razon sólida en apoyo de la antigüedad del hombre. Los idiomas del primitivo Oriente, lejos de anunciarnos unos pueblos envejecidos en el estado social, descubren por el contrario unos hombres muy próximos al estado natural, pues su mecanismo es en gran manera sencillo: la hipérbole, la imagen, las figuras poéticas se reproducen en ellos á cada paso, mientras que apenas contienen algunas palabras para la metafísica y las ideas, por lo cual sería imposible expresar con claridad en hebreo la teología de los dogmas cristianos. Solo entre los griegos y los árabes modernos se hallan los términos compuestos propios para la explanacion de las abstracciones ideológicas. Nadie ignora que Aristóteles es el primer filósofo que inventó las categorías, en que las ideas van á colocarse necesariamente, sean cuales fuesen su clase ó naturaleza.

Preténdese, por último, que antes que los egipcios hubiesen construido esos templos de que nos quedan tan hermosas ruinas, los pueblos pastores apacentaban sus rebaños en otras ruinas abandonadas por una nacion desconocida: lo cual supondría una muy remota antigüedad.

Para resolver esta cuestion sería indispensable saber con exactitud quiénes eran y de dónde procedian los pueblos pastores. Mr. Bruce, que hallaba todo en Etiopia, los juzga oriundos de este país; no obstante, los etiopes, lejos de poder esparcir á larga distancia algunas colonias, eran en aquella época un pueblo recién establecido. *Etiopes*, dice Eusebio, *ab Indo flumine consurgentes, juxta Aegyptum considerunt*. Maneton, en su sexta dinastía, llama á los pastores *fenicios extranjeros*, y Eusebio refiere su llegada á Egipto al reinado de Amenofis; de lo cual es preciso

deducir estas dos consecuencias: 1.º que el Egipto no era á la sazón bárbaro, toda vez que el egipcio Inaco llevaba por aquel tiempo la civilizacion á Grecia; 2.º que el Egipto no estaba cubierto de ruinas, puesto que Tebas florecia, y Amenofis era padre de Sesostris, que llevó á su apogeo la gloria de los egipcios. Segun refiere el historiador Josefo, Thetmosis obligó á los pastores á abandonar enteramente las orillas del Nilo.

Pero, ¿qué nuevos argumentos no se hubieran aducido contra la Escritura, si se hubiera conocido otro prodigio histórico que se enlaza tambien con las ruinas, ¡ay! cómo toda la historia de los hombres! Háase descubierto no há muchos años en la América Septentrional, unos monumentos extraordinarios en las márgenes del Muskingum, del Miani, del Wabache, del Ohio y especialmente del Escioto, donde ocupan una longitud de mas de veinte leguas. Esos monumentos son unas murallas de tierra con fosos, glacia, lunas, medias-lunas y conos de desmesurada altura, destinados á servir de sepulcros. Los hombres investigadores han preguntado, aunque en vano, cuál fue el pueblo que dejó tales huellas de su paso. El hombre está suspenso en el presente, entre el pasado y el porvenir, como sobre una roca que descuella entre dos abismos: á su espalda y á su vista se extienden profundas tinieblas, á través de las cuales vislumbra algunos fantasmas, que levantándose del fondo de ambos abismos, se mecen un instante en su superficie, para tornar á hundirse en ellos.

Sean cuales fueren las conjeturas acerca de estas ruinas americanas; aun cuando se agreguen á ellas las visiones de un mundo primitivo, y las quimeras de una Atlántida, la nacion civilizada que ha hundido el arado en las llanuras donde el iroqués persigue hoy á los osos, no ha necesitado, para consumir sus destinos, de un tiempo mas largo que el que ha bastado para devorar los imperios de Ciro, Alejandro y César. ¡Dichoso á lo menos un pueblo que no ha legado su nombre á la historia, y cuya herencia no ha sido recogida sino por los corzos de los bosques y las aveccillas del cielo! Nadie irá á renegar del Criador en aquellas silvestres moradas, y á pesar con la balanza en la mano el polvo de los muertos, para probar la eternidad de la raza humana.

Yo, amante solitario de la naturaleza y humilde confesor de la Divinidad, me he sentado en aquellas ruinas. Viajero anónimo, he conversado con aquellos despojos tan ignorados como yo mismo. Los confusos recuerdos de los hombres y las vagas meditacione que brotan del desierto se mezclaban en el fondo de mi alma. La noche habia llegado á la mitad de su carrera; enmudecian la luna, los bosques y los sepulcros, y solo se oía á largos intervalos la ruda caída de algun árbol que el hacha del tiempo derribaba en la profunda espesura de las selvas; todo cae, todo se anonada así al mismo golpe.

No nos creemos obligados á hablar con formalidad de los *cuatro jogues* ó edades indias, de las cuales la primera duró tres millones doscientos mil años; la segunda un millon; la tercera mil seiscientos; y la cuarta ó la edad actual, que durará cuatrocientos mil.

Si agregamos á todas estas dificultades de cronología, de logografía y de hechos, los errores que emanan de las pasiones del historiador, ó de los hombres que viven en sus fastos; si agregamos además las inexactitudes de los copiantes y mil accidentes de tiempos y lugares, forzoso será convenir en que todas las razones alegadas en favor de la antigüedad del globo por medio de la historia, son tan poco satisfactorias cuanto de inútil investigacion. Y en verdad, no puede negarse que es muy inexacto establecer la duracion del mundo tomando por base la vida humana. ¡Cómo! ¿Se intenta demostrarnos la permanencia y la realidad de las cosas, por la rápida sucesion de sombras pasajeras? ¿Se pretende hacernos ver una sociedad sin prin-

capio ni fin, señalándonos sus escombros? ¿Necesitanse acaso muchos días para amontonar muchas ruinas? ¿Cuán decrepito sería el mundo, si por estas se contasen sus años!

### CAPITULO III.

#### Astronomía.

BÚSCANSE las segundas pruebas de la antigüedad del mundo y de los errores de la Escritura en la historia del firmamento. Y véase aquí cómo los cielos que refieren la gloria de Dios á todos los hombres, y cuyo lenguaje entienden todos los pueblos, nada dicen al incrédulo. Felizmente los astros no son mudos, aunque los impíos son sordos.

La astronomía debe su nacimiento á los pastores. En los desiertos de la nueva Creacion, los primeros humanos veían solazarse en su derredor sus familias y rebaños, y siendo tan íntima, tan viva su felicidad, esta no era destruida por una prevision inútil. En la partida de las aves de otoño no veían la rápida carrera de los años, y la caída de las hojas no les advertía otra cosa que la vuelta de los frios. Cuando la inmediata colina había dado todas sus yerbas á sus ovejas, se trasladaban con sus hijos y esposas en carros cubiertos de pieles, á través de los bosques, en busca de algun río ignorado donde la frescura de la sombra y lo apacible de las soledades les invitaban á fijarse de nuevo.

Faltábales empero una brújula para trasladarse á aquellos bosques sin caminos, y á lo largo de aquellos ríos sin navegantes; esto les obligó naturalmente á confiarse á las estrellas, y á dirigirse por su curso. Legisladores y guías, metodizaron el esquilero de las ovejas y las emigraciones á lejanas comarcas. Cada familia se entregó al giro de una determinada constelación, y así cada estrella marchaba al frente de un rebaño. A medida que los pastores se entregaban á estos estudios, descubrían nuevas leyes astronómicas. En aquel tiempo Dios se complacía en descubrir los caminos del sol á los moradores de las cabañas, y la Fábula refiere que Apolo había bajado del cielo para habitar entre los pastores.

Unas humildes columnas de ladrillo servían para conservar la memoria de las observaciones: el mas poderoso imperio no presentó en tiempo alguno mas sencilla historia. Con el mismo instrumento con que había perforado su flauta, y al pié del mismo altar donde había inmolado el primer cabrito nacido en su rebaño, el pastor grababa sobre una piedra sus inmortales descubrimientos; y colocaba además en otra parte nuevos testigos de esa astronomía pastoril, pues cambiaba sus anales con los del firmamento, porque del mismo modo que había escrito los fastos de las estrellas entre sus rebaños, escribía los fastos de estos entre las estrellas. El sol descansó en su carrera en los aprieos; el toro anunció con sus bramidos el paso del padre del día; y el carnero le esperó para saludarle en nombre de su dueño. Poblaron el cielo vírgenes, niños, espigas de trigo, aperos de labranza, corderos y hasta el perro del pastor, quedando convertida toda la esfera celeste en una gran cabaña habitada por el Pastor de los hombres.

Hayeron para siempre días tan venturosos, pero los hombres retuvieron una memoria confusa de ellos en esas historias de la edad de oro, donde hallamos el reinado de los astros confundido con el de los rebaños. La India es aun astronoma y pastoril, como un día lo fue el Egipto. No obstante, con la corrupcion de las costumbres nació la propiedad, y con esta la agrimensura, segunda edad de la astronomía. Pero por un destino harto singular, los pueblos mas sencillos fueron los que mejor conocieron el sistema celeste: el pastor del Ganges cayó en errores menos groseros que el

sabio de Atenas; pudiendo decirse que la Musa de la astronomía había conservado una oculta inclinacion hácia los pastores, su primer amor.

Durante las largas calamidades que acompañaron y siguieron la caída del imperio romano, las ciencias no tuvieron otro asilo que el santuario de esa Iglesia que hoy profanan con tanta ingratitud. Refugiadas en el silencio de los claustros, debieron su salvacion á los mismos solitarios, hoy despreciados por ellas. El monje Bacon, el obispo Alberto y el cardenal Cusa resucitaban en sus vigilias el genio de Eudoxio, de Timócharis, de Hiparco y de Tolomeo. Protegidas por los papas, que daban el ejemplo á los reyes, las ciencias abandonaron al fin aquellos lugares sagrados donde la Religion las había abrigado bajo sus alas. La astronomía renació en todas partes, pues Gregorio XIII reformó el calendario; Copérnico restableció el sistema del mundo; Ticho-Brahé renovó desde lo alto de su torre la memoria de los antiguos observadores habilónicos, y Kepler determinó la forma de las órbitas planetarias. Dios empero confunde otra vez el orgullo humano, concediendo á los juegos de la inocencia lo que niega á las investigaciones de la filosofía, y pues unos niños descubrieron el telescopio. Galileo perfeccionó el nuevo instrumento, y entonces se acortaron los caminos de la inmensidad; el genio del hombre rebajó la altura de los cielos, y los astros aceptaron las medidas á que aquel los sometió.

Tantos descubrimientos anunciaban otros aun mayores, pues la humanidad estaba ya bastante cercana al santuario de la naturaleza para que tardase mucho en penetrar en él. Faltábale ya únicamente métodos á propósito para descargar el espíritu de los cálculos enormes que le abrumaban; pero Descartes concibió la audaz idea de referir al gran Todo las leyes físicas de nuestro globo; y merced á uno de esos rasgos de ingenio, de que apenas se cuentan cuatro ó cinco ejemplos en la historia, obligó al álgebra á unirse á la geometría, como la palabra al pensamiento. Newton utilizó los materiales que le habían preparado tantas manos; pero justo es confesar que lo hizo como artista sublime, pues de los diferentes planos sobre que podía construir el grandioso edificio de los orbes, eligió tal vez el desigmo de Dios. El talento comprendió el órden que los ojos admiraban; la balanza de oro que Homero y la Escritura dan al Arbitro Supremo, le fue entregada; el cometa se sometió; el planeta atrajo al planeta á través de la inmensidad; el mar sintió la presión de dos navios que surcaban su superficie á millones de leguas; y desde el sol hasta el átomo, todo se mantuvo en maravilloso equilibrio; solo el corazón humano careció de este contrapeso en la naturaleza.

¿Quién hubiera podido imaginarlo? El momento en que se descubrieron tantas nuevas pruebas de la grandeza y sabiduría de la Providencia, fue el mismo en que el hombre cerró mas tenazmente sus ojos á la luz; no es decir, sin embargo, que los inmortales Copérnico, Ticho-Brahé, Kepler, Leibnitz y Newton fuesen ateos, sino que sus sucesores imaginaron, por una fatalidad deplorable, que tenían á Dios en sus crisoles y en sus telescopios, porque veían en ellos algunos de los elementos sobre los cuales ha fundado el mundo la Inteligencia universal. Cuando se ha vivido en los días de nuestra revolucion, y cuando se reflexiona que casi todos nuestros males han sido abortados por el orgullo del saber, ¿no nos sentimos inclinados á creer que el hombre ha estado próximo á perecer de nuevo, por haber acercado segunda vez la mano al fruto vedado de la ciencia? Sírvanos de materia de reflexion esta máxima relativa al pecado original: *Los siglos sabios han sido seguidos siempre de los siglos de destrucción.*

Muy digno de lástima nos parece el astrónomo que pasa las noches leyendo en los astros, sin descubrir

en ellos el nombre de Dios. ¡Cómo! ¿En figuras tan diferentes y en tan gran diversidad de caracteres, no le será posible hallar las letras que forman su nombre? ¿El problema de la Divinidad no está resuelto en el cálculo misterioso de tantas soles? ¿Una álgebra tan luminosa no puede servir para despejar la gran *In-cógnita*?

La primera objecion astronómica que se opone al sistema de Moisés se busca en la esfera celeste, y se pregunta: «¿Cómo es tan nuevo el mundo? La sola composicion de la esfera supone millones de años.»

Por esto es cierto que la astronomía es una de las primeras ciencias cultivadas por los hombres. Mr. Bailly demuestra que los patriarcas anteriores á Noé conocían el periodo de seiscientos años, el año de 365 días, cinco horas, 51 minutos y 36 segundos; y por último, que habían denominado los seis días de la Creacion segun el órden planetario. Puesto que las razas primitivas eran ya tan sabias en la historia del cielo, ¿no es muy probable que los tiempos que trascurrieron despues del Diluvio fuesen mas que suficientes para darnos el sistema astronómico tal como hoy lo conocemos? Es imposible, por otra parte, establecer nada seguro relativamente al tiempo necesario al desarrollo de una ciencia. Desde Copérnico hasta Newton, la astronomía ha progresado mas, en menos de un siglo, que durante tres mil años. Podemos comparar las ciencias á los países cortados por llanuras y montañas: adelantase rápidamente en las primeras, pero cuando se llega al pié de las segundas, se pierde un tiempo infinito en descubrir los caminos y en salvar las cimas desde donde se baja á la otra llanura. No debemos inferir que, puesto que la astronomía ha permanecido cuatro mil años en su edad media, ha debido hallarse millares de siglos en su cuna, porque semejante creencia chocha con todo lo que sabemos acerca de la historia y de la marcha del espíritu humano.

La segunda objecion se saca de las épocas históricas enlazadas con las observaciones astronómicas de los pueblos, y en particular de las de los caldeos é indios.

Respecto de los primeros, respondemos que es sabido que los setecientos veinte mil años de que se envenecen, se reducen á mil novecientos tres.

Por lo que respecta á los segundos, las observaciones que se apoyan en hechos irrecusables no ascienden mas allá del año 3102 de nuestra era. Esta antigüedad es ciertamente muy grande, pero al fin entra en los límites conocidos; en esta época empieza la cuarta *jogue* ó edad india. Mr. Bailly demuestra, examinando las tres primeras edades y reuniéndolas á la cuarta, que toda la cronología de los brachmanes se encierra en un intervalo de cerca de setenta siglos, lo que coincide perfectamente con la cronología de los Setenta; dicho autor prueba hasta la evidencia que los fastos de los egipcios, los caldeos, los chinos, los persas y los indios se adaptan con admirable exactitud á las épocas de la Escritura. Citamos á Mr. de Bailly con tanta mayor complacencia, cuanto que este sabio murió víctima de los principios que nos hemos propuesto impugnar. Cuando este desgraciado escribía, hablando de *Hypatia*, jóven astronoma asesinada por los habitantes de Alejandria, que los modernos perdonan á lo menos la vida, aunque lastimen la reputacion, no sospechaba que él mismo sería una prueba lamentable de la falsedad de su asercion, puesto que estaba condenado á renovar la historia de *Hypatia*.

Por lo demás, todos esos cálculos infinitos de generaciones y de siglos que hallamos en muchos pueblos, tienen su origen en una debilidad natural en el corazón humano, pues sintiendo los hombres en sí mismos un principio de inmortalidad, se avergüenzan en cierto modo de la brevedad de su existencia; paréceteles que amontonando sepulcros sobre sepulcros, ocultarán el vicio primordial de su naturaleza, esto es, lo efimero de su duracion; y que añadiendo la nada

á la nada, conseguirán formar una eternidad. Pero se engañan á sí mismos, y descubren lo que intentan ocultar; porque cuanta mas alta es la pirámide fúnebre, mas disminuye la estátua viva colocada en su vértice; que la vida parece mucho mas pequeña cuando el enorme fantasma de la muerte la levanta en sus brazos.

### CAPITULO IV.

#### CONTINUACION DEL ANTERIOR.

#### Historia natural: el Diluvio.

No siendo poderosa la astronomía á destruir la cronología de la Escritura, se combate con las armas de la historia natural la verdad de esta; y unos nos hablan de ciertas épocas en que todo el universo se rejuveneció; otros niegan las grandes catástrofes del globo, como el Diluvio universal, y dicen: «Las lluvias son los vapores de los mares; por consiguiente, la masa de estos no bastaría á cubrir la tierra á la altura que fijan las Escrituras. A esto podríamos responder que el discurrir de esta suerte es desconocer esas mismas luces que tanto se encarecen, puesto que la química moderna nos enseña que el aire puede convertirse en agua; y en tal caso, ¡cuán espantoso diluvio no sobrevendría! Pero renunciamos de buen grado á estas razones científicas que dan cuenta de todo al espíritu, sin darla de nada al corazón. Nos limitamos á responder que para anegar la parte terrestre del globo basta que el Océano lance fuera de sus orillas las aguas de sus abismos. Por otra parte, ¡hombres jactanciosos! ¿habeis penetrado en los tesoros del granizo, ó conoceis los reservatorios del abismo de donde el Señor hizo salir la muerte en el día de sus venganzas?

Bien sea que Dios, elevando el fondo de los mares, derramase sobre los continentes el iracundo Océano; bien que, desviando al sol de su camino, le mandase levantarse sobre el polo con señales funestas, es lo cierto que un diluvio horroroso despobló la tierra. En aquel tiempo la raza humana fue exterminada casi por entero; todas las discordias internacionales terminaron, y cesaron todas las revoluciones. Reyes, pueblos y ejércitos enemigos suspendieron sus sangrientas rivalidades, y se abrazaron poseídos de íntimo pavor. Los templos se llenaron de suplicantes que habían renegado acaso durante toda su vida de la Divinidad; pero la Divinidad renegó de ellos á su vez, y en breve se anunció que la mole de las aguas del Océano rugía á la puerta de los templos. En vano las madres huyeron con sus hijos á las cimas de las montañas; en vano el amante creyó hallar un asilo seguro para su amada en la misma gruta donde lo había hallado para sus ilícitos placeres; en vano los amigos disputaron á los espantados osos las copas de las encinas; las mismas aves, arrojadas de rama en rama por las olas siempre en aumento, fatigaban con inútil afán sus alas impotentes sobre unas llanuras de agua sin límites. El sol, que solo alumbraba ya la muerte á través de unos celajes sin matices, mostrábase pálido y sin fuerza, cual un inmenso cadáver anegado en los cielos; apagáronse los volcanes, despidiendo tumultuosas humaredas, y uno de los cuatro elementos, el fuego, pereció con la luz.

Entonces el mundo se encapotó en temerosas tinieblas, de cuyo seno salían espantosos clamores; entonces, en medio de las húmedas tinieblas, los demás seres vivos, el tigre, el cordero, el águila, la paloma, el reptil, el insecto, el hombre y la mujer, treparon en tropel á la roca mas escarpada del globo; pero el Océano los siguió, y levantando en derredor de ellos su amenazadora inmensidad, hizo desaparecer bajo sus tormentosas soledades el último punto de la tierra.

Habiendo Dios consumado su venganza, mandó á

los mares que se restituyesen á sus abismos; pero quiso imprimir en el globo señales eternas de su cólera: los esqueletos de los elefantes de la India se aglomeraron en las regiones de la Siberia; las conchas de los mariscos magallánicos se encerraron en las canteras de Francia; bancos enteros de cuerpos marítimos se detuvieron en las cumbres de los Alpes, del Tauro y de las Cordilleras; y estas mismas montañas fueron los monumentos que Dios dejó en los tres mundos para anunciar su victoria contra los impíos, bien así como un monarca levanta un trofeo en el campo donde ha derrotado á sus enemigos.

Dios no se limitó á estas manifestaciones generales de su pasada cólera; sino que, sabiendo cuan fácilmente se borra en el hombre la memoria del infortunio, multiplicó los recuerdos de aquella. El sol no tuvo ya por trono en la mañana y por lecho en la tarde sino el elemento húmedo en que parece se apaga todos los días, como en los tiempos del Diluvio. Las nubes del cielo imitaron muchas veces las olas aglomeradas, vastos arenales ó blanquecinos escollos; en la tierra, los peñascos dejaron caer turbulentas cataratas; la luz de la luna y los pálidos vapores de la noche cubrieron algunas veces los valles con las apariencias de una vasta extensión de agua; en los lugares más áridos nacieron árboles cuyas ramas se inclinaron mustias al suelo, cual si saliesen del seno de las aguas; el mar recibió la orden de levantarse de nuevo sobre su lecho, é invadir sus playas dos veces al día; las cavernas de las montañas conservaron sordos mugidos y voces lúgubres; la cima de los bosques presentó la imagen de un mar movable, y parece que el Océano legó sus rumores á la profundidad de los bosques.

#### CAPITULO V.

##### Juventud y vejez de la tierra.

LLEGAMOS á la última objecion relativa al moderno origen del globo. Dícese: «Todo anuncia la caducidad de la tierra. Examinad sus fósiles, sus mármoles, sus granitos, sus lavas, y en ellos leereis sus innumerables años, señalados por círculos, por capas, ó por ramificaciones, como se ve en el cascabel de la serpiente, en los dientes del caballo y en las astas del ciervo.»

Esta dificultad ha sido resuelta mil veces con esta respuesta: *Dios ha debido crear, y ha creado sin duda el mundo con todas las señales de vejez y de complemento que hoy advertimos en él.*

En efecto, es verosímil que el Autor de la naturaleza plantase desde el principio antiguas selvas y tiernos bosquecillos; que los animales naciesen, unos llenos de días, y otros adornados con las gracias de la edad primera. Las encinas, al romper el suelo fecundado, abrigaron sin duda á la vez los añosos nidos de los cuervos y la nueva posteridad de las palomas. Oruga, crisálida y mariposa, el insecto se arrastró por la yerba, y colgó su huevo de oro en los bosques, donde se estremeció mecido por las auras, mientras la abeja, que solo había vivido una mañana, contaba ya su ambrosia por generaciones de flores. Debemos creer que la oveja no se halló sin su carnero, ni la golondrina sin sus hijuelos, y que los bosquecillos ocultaban ruiseñores que se complacían en hacer oír sus primeros gorgeos, al abrigar las frágiles esperanzas de sus primeros placeres.

Si el mundo no hubiese sido á la vez jóven y viejo, lo grande, lo grave y lo moral hubieran desaparecido de la naturaleza, porque estos sentimientos se enlazan inevitablemente con las cosas antiguas. Cada lugar hubiera perdido sus peculiares encantos: la roca ruinosa no hubiese gravitado sobre el abismo con sus largas gramíneas; los bosques, despojados de todos sus accidentes, no hubieran presentado ese hermoso

desórden de árboles inclinados sobre sus troncos, ni de troncos inclinados sobre la corriente de los rios. Las ideas inspiradas, los rumores venerables, las voces mágicas y el santo horror de los bosques se hubieran desvanecido con las bóvedas que les servían de asilo, y las soledades de la tierra y del cielo hubieran quedado desnudas y desencantadas al perder las columnas de encinas que las unen. El mismo día en que el Océano derramó sus primeras olas sobre las playas, bañó sin duda los escollos anteriormente carcomidos por aquellas, los arenales sembrados de conchas de mariscos, y los cabos descarnados que sostenían sobre las aguas las inseguras costas.

Sin esta vejez primitiva, no hubiera habido pompa ni magestad alguna en la obra del Eterno; y (lo que no podía ser), la naturaleza en su inocencia hubiese sido menos hermosa de lo que es actualmente en su corrupción, puesto que una insípida niñez de plantas, de animales y de elementos, hubiera coronado una tierra sin poesía. Pero Dios no fue tan adocenado dibujante de los vergeles de Edem, como los incrédulos pretenden persuadirlo. El hombre-rey nació de treinta años, para ponerse de acuerdo, mediante su magestad, con las antiguas grandezas de su nuevo imperio, al paso que su compañera contó sin duda diez y seis primaveras, que sin embargo no había vivido, para hallarse en armonía con las flores, las aves, la inocencia, los amores y toda la parte jóven del universo.

### LIBRO QUINTO.

#### Existencia de Dios, demostrada por las maravillas de la naturaleza.

#### CAPITULO I.

##### Objeto de este libro.

RESTANOS por examinar uno de los principales dogmas cristianos: *el estado de los castigos y las recompensas en la otra vida.* Pero no podemos tratar de este importante asunto sin hablar primero de las dos columnas que sostienen el edificio de todas las religiones: *la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.*

Somos, por otra parte, llamados á este estudio por el desarrollo natural de nuestro asunto, puesto que solo despues de haber seguido la fe acá abajo se la puede acompañar á esos tabernáculos á donde vuela al abandonar la tierra. Fieles siempre á nuestro plan, prescindiremos en las pruebas de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma, de las ideas abstractas, para no emplear sino las razones poéticas y las de sentimiento, es decir, las maravillas de la naturaleza y las evidencias morales. Platon y Ciceron entre los antiguos, Clarke y Leibnitz entre los modernos, han demostrado metafísica y casi geométricamente la existencia del Ser Supremo, y los más eminentes genios han admitido en todos los siglos este dogma consolador; y si algunos sofistas lo rechazan, Dios puede existir sin su asentimiento. Solo la muerte, á que los ateos intentan reducir todo, necesita que se escriba en favor de sus derechos, porque tiene escasa realidad para el hombre. Olvidemos, pues, á esos míseros partidarios, que por otra parte ni aun se entienden entre sí; porque si los hombres que creen en la Providencia están de acuerdo en los puntos principales de su doctrina, por el contrario, aquellos que niegan al Criador no cesan de disputar sobre las bases de su nada; tienen delante de sí un abismo, y para cegarlos les falta la piedra del fondo, pero no saben donde tomarla. Además, hay en el error cierto vicio de naturaleza, que hace que cuando no participamos de él nos choque y al punto nos irrite: de aquí proceden las interminables discordias de los ateos.

### CAPITULO II.

#### Espectáculo general del universo.

HAY un Dios; las yerbas del valle y los cedros de la montaña le bendicen; el insecto zumba sus alabanzas; el elefante le saluda al despuntar el día; el pajarillo le canta en la enramada; el rayo hace brillar su poder, y el Océano revela su inmensidad. Solo el hombre ha exclamado en su delirio: «¿No hay Dios!»

¿Será que nunca haya levantado en sus infortunios sus ojos al cielo, ó que nunca en sus prosperidades haya mirado la tierra? ¿Tan lejos de él se halla la naturaleza, que no puede contemplarla? ¿O es que la juzga el mero resultado de la casualidad? Pero ¿qué casualidad ha podido obligar á una materia desordenada y rebelde, á colocarse en órden tan perfecto?

Podría decirse que el hombre es el pensamiento ostensible de Dios, y que el universo es su imaginación bajo una forma sensible. Los que han admitido la hermosura de la naturaleza como prueba de una inteligencia superior, hubieran debido mencionar una circunstancia que ensancha prodigiosamente la esfera de las maravillas; esto es, que el movimiento y el reposo, las sombras y la luz, las estaciones y el curso de los astros, que varían las magníficas decoraciones del mundo, no son sin embargo progresivas sino en la apariencia, pero permanentes en la realidad. La escena que se borra para nosotros se colora para otro pueblo; no cambia el espectáculo, sino el espectador. De este modo ha sabido Dios reunir la duración absoluta y la duración progresiva: la primera está colocada en el tiempo, la segunda en la extensión; por la primera, las bellezas del universo son unas, infinitas, siempre idénticas; por la segunda, son múltiples, finitas y renovables; sin aquella, no hubiera habido grandeza en la Creación; sin esta, hubiérase advertido en ella enojosa monotonía.

Aquí el tiempo se nos muestra bajo una nueva fase: la menor de sus fracciones es un todo completo, que comprende todo, y en el cual se modifican todas las cosas, desde la muerte de un insecto hasta el nacimiento de un mundo; cada minuto es una pequeña eternidad. Reunid, pues, en un mismo momento, por medio de la imaginación, los accidentes más hermosos de la naturaleza; suponed que veis á la vez todas las horas del día y todas las estaciones, una mañana de primavera y otra de otoño; una noche tachonada de estrellas y otra cubierta de nubes; praderas esmaltadas de flores, bosques secos por los hielos y campos dorados por abundantes mieses; y entonces tendréis una idea exacta del grandioso espectáculo del universo. Mientras admiráis ese sol que se oculta bajo las bóvedas del Occidente, otro observador lo mira salir radiante de las regiones de la aurora. ¿Por qué inconcebible magia, ese astro secular que se adormece fatigado y ardiente en el polvo de la tarde, es en aquel mismo instante el astro jóven que despierta rico de luz y humedecido de rocío en los blancos velos del alba? A cada momento del día el sol se levanta, resplandece en su zenit y se oculta al mundo; ó por mejor decir, no tiene Oriente, ni Mediodía, ni Occidente verdaderos. Todo se reduce á un punto fijo, desde el cual la lumbrera del día derrama simultáneamente tres resplandores en una sola sustancia. Esta triple luz es tal vez el hecho más hermoso de la naturaleza, porque al darnos una idea de la perpétua magnificencia y del supremo poder de Dios, nos ofrece también una brillante imagen de su gloriosa Trinidad.

¿Puede concebirse bien lo que sería una escena de la naturaleza, si se viese abandonada al mero movimiento de la materia? Las nubes, obediendo á las leyes de la atracción, caerían perpendicularmente sobre la tierra, ó se remontarían por los aires á manera de pirámides, y un momento despues la atmósfera

sería perjudicial á los órganos respiratorios por su excesiva densidad ó por su excesivo enrarecimiento. La luna, muy cercana ó muy distante de nosotros, nos sería alternativamente invisible, ó se mostraría sangrienta, cubierta de manchas enormes, ó ocupando la bóveda celeste con su desmesurado disco. Poseído como de una extraña locura, marcharía de eclipses en eclipses, ó girando al azar sobre sí misma, descubriría al fin el hemisferio que oculta á la tierra. Las estrellas parecerían dominadas por el mismo vértigo: advertiríase en ellas una serie de conjunciones horrosas; súbitamente un signo de verano tropezaría en otro de invierno; el Bootes conduciría las Pléyades, y el Leon rugiría en el Acuario; allí, unos astros pasarían con la rapidez de una exhalación; mas allá permanecerían inmóviles; algunas veces formarían, agrupándose, una nueva vía láctea; y despues, desapareciendo todas á la vez, y rasgando la cortina de los mundos, según la feliz expresión de Tertuliano, descubrirían los abismos de la eternidad.

Pero tan perturbadores espectáculos no amedrentarán á los hombres antes del día en que bastará á Dios abandonar al mundo para destruirlo.

### CAPITULO III.

#### Organización de los animales y las plantas.

DESCENDAMOS de estas nociones generales á ciertas ideas particulares; veamos si podemos descubrir en las partes de la obra la misma sabiduría que tan bien se manifiesta en el todo. Nos serviremos desde luego de una clase de hombres que las ciencias y la humanidad reclaman á la par: hablamos de los médicos.

El doctor Nieuwentyt, en su *Tratado de la Existencia de Dios*, se esfuerza en demostrar la realidad de las causas finales. Sin seguirle en todas sus observaciones, nos limitaremos á trasladar algunas.

Al hablar de los cuatro elementos que considera en sus armonías con el hombre y con la Creación en general, hace ver, con relación al aire, cuan maravillosamente se conservan nuestros cuerpos bajo una columna atmosférica cuya presión equivale á un peso de veinte y mil libras. Prueba además que la mudanza de una sola propiedad, ya en enrarecimiento ya en densidad, en el medio en que respiramos, bastaría para destruir todos los seres vivos. El aire hace subir el humo, y mantiene los líquidos en sus receptáculos; purifica los espacios mediante sus movimientos, y lleva á los continentes las nubes del mar.

Nieuwentyt demuestra luego la necesidad del agua, aduciendo al efecto multitud de experimentos. ¿Quién no admiraría el prodigio de este líquido cuando sube, contradiciendo las leyes de la gravedad, en un medio más ligero que él, para darnos las lluvias y el rocío? La disposición de las montañas para que los rios corran desembarazadamente; la topografía de esas montañas en las islas y en los continentes; las aberturas de los golfos, las bahías, los mediterráneos, y las innumerables utilidades de los mares, nada se oculta al espíritu investigador de este sabio. Del mismo modo nos descubre la excelencia de la tierra, y sus leyes como planeta. Describe las ventajas del fuego, y los grandes recursos que del ha sabido sacar la industria humana.

Cuando pasa á ocuparse de los animales, observa que los que llamamos domésticos nacen precisamente con el grado de instinto necesario para domesticarse, en tanto que los inútiles al hombre conservan siempre su natural indómito. ¿Puede acaso ser la casualidad la que inspira á los animales mansos y útiles la resolución de vivir en sociedad en nuestros campos, y á los dañinos la de vagar solitarios por los lugares inhabitados? ¿Por qué no vemos rebaños de tigres conducidos al sonido de una gaita por un pastor? ¿Y por qué los